



La respuesta



no parece, en un principio, que pueda resultar problemática a menos, naturalmente, que perdamos el hilo o el sentido común...

— ¿O ya lo hemos perdido? — Preguntaba doña Finita siempre, tan inocentona, sin darse cuenta de que en cuanto lo decía todo el mundo se orientaba.

El hilo, que sería lo grave; porque el sentido común — “¡una cosa tan corriente!”; y reía doña Finita con sus labios pintados —, cuánto ni qué puede importar cuando, además, nos queda el propio, de infinitamente mayor enjundia y entidad. Y si lo hemos perdido, Dios no lo quiera, sí que la habremos liado porque nos pasará como, hace apenas unos días sin ir más lejos, nos sucedió a nosotros en nuestras propias carnes mortales cuando buscando... pues qué podía estar siendo, que así al pronto no caemos...

Bueno, pues no sabemos, pero **la dentadura** postiza del tío Mauricio.

¿Qué estábamos diciendo? Ah, ya: que para coger la pinza —la sonrisa apacible de doña Finita se helaba; pero seguía como si tal cosa, disimulando por si no lo habíamos notado — de la ropa con que sujetar el estor averiado del cuarto de estar y poder así abrir la ventana... Pero tampoco vamos a extendernos en eso porque, nos figuramos, quien más quien menos ya cuenta con sus trucos propios para abrir sus ventanas.

Además, la ventana la terminábamos de cerrar; así que, la pinza...

Bueno, mira: es igual.

El caso es en resumidas cuentas que fuera por la razón que fuese (y con la circunstancia a favor de que doña Finita detestaba lo que ella llamaba “engorrosas labores detectivescas”) buscábamos algo y derramamos, sin quererlo, la copa de algún néctar repuntado que nuestra memoria se obstinó en rememorar como ambrosía...

Así: sin esperarlo.

La respuesta

La dejamos hacer — a la memoria — y, con deleite, lo aplicamos — el néctar — con las yemas de los dedos en las sienes, y en el cuello, y detrás de las orejas y en la frente, y aspiramos el olor evanescente del antaño mientras se demoraba ella por entre los jirones de las tardes ociosas en que, lejos de los lugares más o menos comunes que hoy se nos figuran tan exóticos, lejos también de sospechar siquiera que pudiera existir un “mañana” distinto de aquellos que se desperezaban en amaneceres tan iguales¹, éramos algo que, por cierto, la última vez que alguien lo mencionó ya dio problemas porque — la más corpulenta de las Carvajal — que pero, bueno, eso es muy elástico...

— ¿Elástico? — Doña Ascensión — ¿Cómo cuánto exactamente de elástico?

¹ Este trozo en rojo lo teníamos todas marcado porque aunque doña Finita no era nada severa ni autoritaria era sí muy caprichosa, muy infantil para detalles pequeños sin mucha importancia, y nos había pedido por favor que, a ser posible, de este párrafo no alterásemos ni una sola palabra porque, decía, “¿no lo encontráis enormemente poético?”.

Estrella — es decir, la que estuviera siendo por entonces y en el caso de que la Semana Santa estuviese cayendo en marzo (que de toda la vida y aunque pueda parecer mentira se ha dicho que hace mejor tiempo que cuando cae en abril) la tía viuda de las de Barbadillo del Alcornocal — solía rezongar que seguiría siendo igual de poético si en vez de marcar en rojo desde la coma que va detrás de “sienes” se marcase sólo desde la que va delante de “lejos”, y se conservaría sin quiebros ni fracturas el sentido de lo que va en negro.

Es decir, que con la propuesta de Estrella el párrafo habría quedado así:

La dejamos hacer — a la memoria — y, con deleite, lo aplicamos — el néctar — con las yemas de los dedos en las sienes, y en el cuello, y detrás de las orejas y en la frente, y aspiramos el olor evanescente del antaño mientras se demoraba ella por entre los jirones de las tardes ociosas en que lejos de los lugares más o menos comunes que hoy se nos figuran tan exóticos, lejos también de sospechar siquiera que pudiera existir un “mañana” distinto de aquellos que se desperezaban en amaneceres tan iguales éramos algo que, por cierto, la última vez que alguien lo mencionó ya dio problemas porque — la más corpulenta de las Carvajal — que pero, bueno, eso es muy elástico...

Pero ella, Finita, jamás accedió bajo el pretexto — o no tan pretexto, en realidad, porque como decía Crispula “buena nos ha caído con esta Josefina tan medrosilla” — de que con ese modelo, aunque sin dejar de reconocer que las palabras quedaban idénticas, se perdían nada menos que dos comas.

La respuesta

—Como muchísssimo— acompañando su ese tan larga, la otra, con un movimiento amplio y lento de la mano.

— ¡Vaya por Dios! — cabeceando ésta como quien se contiene para no exclamar “¡lo que hay que oír!” Y, girándose a su propia hermana —: ¿Qué te parece?

Y la hermana se limitó a ladear un poquito la cabeza y volverla a enderezar como queriendo dar a entender “ea”.

—“Ea” — doña Ascensión —, no; Priscila.

— ¿Pero cómo — la Carvajal — que ea, no?

—Pues como que no, sencillamente.

—Mira, Ascensión, yo tengo mucha, pero que muchísima correa, pero, si hay algo que verdaderamente me saque de quici... Porque, ¿quién no ha sido, si es que alguien me lo puede explicar, algo a lo largo de su vida alguna vez?

—Ya. Si no — doña Ascensión —: si algo sí. A lo que voy es a que...

—Lo que ella está queriendo decir — la Carvajal corpulenta también pero algo menos, dando a la hermana suya unos suaves golpecitos con sus dedos en el antebrazo — es que quién no ha sido algo alguna vez aunque no fuera lo que estuviese deseando fervientemente ser...

—Ah — la corpulenta se calma, *se calmó*, pero sólo durante los segundos que empleó en hacer la suma de las ventas (así de viento en popa iba el negocio) de la semana. Y, en tono que dejaba traslucir su escepticismo —: ¿Y alguien conoce, personalmente a alguien que...

—Pues Manolín.

— ¿A quién conoce Manolín? — Inquisitiva, irreductible; colocando una crucecita roja junto al resultado.

La respuesta

—A nadie, Jara — la Carvajal corpulenta pero menos es, era, infinitamente más paciente. Y le explica —: Nosotros, todos, conocimos a Manolín...

— ¿Y qué le pasó?

—Bueno — Ascensión —, nos contaron que le dio algo a la cab...

—Ya —la Carvajal cerró el libro de las cuentas y suspiró—; pero quiero saber qué.

—Una apoplejía, o embolia o...

—Antes ¡Antes! — Y lo guardó en un cajón.

—Pues que nunca fue niño.

Fue Priscila, la primera vez que abría la boca en toda la mañana, quien lo dijo. Luego ladeó un poquito la cabeza y la volvió a enderezar como queriendo dar a entender ea.

—Nos enteramos, cuando los apenas medio centenar de supervivientes peinábamos ya canas y era por consiguiente imposible reparar el daño, de que jamás... ¡pero que nunca, eh!, había sido niño...

— ¡Caramba!

—O, al menos, no un niño como los demás...

Aunque hubo quien, incluso, según dijo, pretendió dar pelos y señales asegurando haberlo conocido como tal, y aun recordarlo...

— ¡Que a ver si no era desfachatez cuando ahí estaba el propio interesado, en persona! — Encarece.

La respuesta

Y que si bueno, pues a ver si es que — insistió Hubo Quien, apostilla la hermana —, ya nadie se va a acordar del nieto de doña Mimí, la funámbula...²

–Mamá, en cambio, sí que había sido...

– ¿Sonámbula?

– ¡Mamá, Noé, Mimí!

– Ah – sordo como una tapia, el pobrecito aunque, eso hay que reconocérselo, con su cabeza muy bien amueblada *porque*, dice, *Socorrín, ¿verdad?*... entornando, con gesto soñador, un poquito los ojos *casi siempre*.

Con algunas salvedades, claro está, aunque contadas con los dedos de una mano y por causas de fuerza mayor cual podían serlo... pues, qué te diríamos nosotras — intercambiando una mirada cómplice, las dos Carvajal —: sus clases de numismática o cuando a su abuelo le concedieron aquella cruz de san Fernando, tan laureada; pero, por lo general, o sí o casi...

–Y es que, para ser lo que ella era hacía falta no sólo ser la mejor, y la más lista y la más guapa y la de familia de abolengo más rancio — que eran requisitos primordiales —, sino, además, tener muchos, pero que muchísimos arrestos y un carácter y un temperamento que, como muy bien dijese Eloy Acuerdo, ojito al parche o acordaros de cuando...

Y por supuesto que nos acordamos – en seguida y con unanimidad casi absoluta, además; y con una de esas frescuras de las que suele decirse es como estarlo viviendo, mismamente —, cada cual no ya sólo del cada “yo” que estuviera siendo entonces sino de todos los “yoes” de todos los demás componentes de aquella multitud heterogénea, abigarrada, que escuchaba absorta y boquiabierta o masticando bocadillo de mortadela el relato pormenorizado que aquella tarde le había tocado hacer a Amalia la de las pulseras de cómo mamá, con sus pies tan pequeños

² A doña Finita la dejaba atónita la facilidad que “tenéis algunas para inventar profesiones rarísimas”.

La respuesta

firmemente asentados sobre el duro suelo — pese a que Socorrín calzara en su día un treinta y nueve y se supiera, de buena tinta, además, y tuviese un carácter más bien desenfadado —, se ponía como un verdadero basilisco cuando el tío Porfirio, su medio hermano, en exceso proclive al lenguaje poético, aludía al viejo baúl “do dormitan” – decía, en palabras textuales – los trajes tan preciosísimos y las gargantillas, brazaletes, y demás aderezos de la tía abuela Lisístrata o cuando, en las tardes tristonas de invierno todos allí alrededor de la chimenea, se le pasaba por las mientes a alguien ponerse a recordar tiempos pasados y él evocaba las rosadas mejillas de Tiberia.

–No es ningún viejo baúl, Porfirio — protestaba tratando de controlar su enfado —, es sencillamente un baúl muy viejo.

Y que las joyas y los trajes eran un puñado de baratijas y unos cuantos andrajos; ocasionando, con semejante aseveración y sin habérselo en su pronto tan irreflexivo propuesto, un enorme trastorno y un ir y venir de operarios echando el bofe porque, y cualquiera lo comprende, si para el baúl del tío Porfirio lleno de objetos míticos cargados de glamur la ubicación perfecta era el desván con todas sus sombras, aromas polvorientos y silencios adormecidos sugiriendo un pasado de cierto postín, para el de ella, cuatro tablones desvencijados y a rebosar de guarrerías, el destino idóneo era el trasterillo del sótano, una covacha lóbrega de muros carcomidos por la humedad.

Y, secándose a continuación las manos que se había lavado en la vieja jofaina... “o palangana desconchada; mejor — precisa, no doña Ascensión sino la hermana — para no disgustarla”, del aguamanil que fuera antaño de la habitación de don Heliodoro, que en lo «tocante a las mejillas de Tiberia, ¡Porfirio, por favor!», rogaba, lo que sucedía era sencillamente que estaba siempre colorada como un tomate y, ella, «hasta las narices, Porfirio, de tu jodida manía porque, vamos a ver, Porfirio, ¿qué sentido tiene el querernos pintar la realidad como hasta el más tonto de la familia **forzando al levantar de forma maquinal, involuntaria, los ojos al techo sin intención y sin percatarse de cómo nos complicaba la vida a todos con esa falta de dominio sobre sus impulsos, a que el tío Emiliano, tan comedido, se sintiera obligado a intervenir y mitigar la dureza de sus palabras con un «¡disminuida!» pronunciado con su proverbial**

La respuesta

dulzura y elevando, él también, los ojos al techo haciéndonos perder un tiempo precioso y, total, nada más para que ella respondiese con un seco "y qué diferencia hay con lo que yo he dicho, eh",³ está al cabo de la calle de que no fue?».

Y que no le destrozase los nervios «Porfirio; y usted, tío, perdóneme pero ya sabe cómo soy» y, a nosotros, que despejásemos la mesa de la cocina y «tú», al primero que pillaba y sin discriminar miembros de la familia o del jurado, que pusiera el hule y colocase los platos, que era la hora de cenar...« ¿pues qué va a ser?, manitas de cerdo como siempre», contestaba cuando le preguntábamos « ¿qué?».

—Porque mamá se comportaba con frecuencia — cuentan, “¿verdad, Noé?”... hablándole muy fuerte — como si no supiese que la sangre que circulaba por sus venas era la de una de las familias más distinguidas del lugar que jamás había cenado, para empezar, manitas de cerdo alguno, y para seguir, sentada a la mesa de ninguna cocina ni sobre ningún hule.

Esta forma de proceder tan suya que debía ser calificada, por los más, de «enteramente irresponsable o ganas de tocar las narices» y tildada, por los menos, de «acto de profunda humildad digno de encomio» tenía en pura lógica que:

1 — O bien desencadenar las iras de los menos «porque, si además de ser pocos — dirían — nos toca la parte más difícil, ganaréis siempre vosotros». Y eso era injusto a todas luces.

Que parecía sensato.

2 — O, mejor incluso casi, hacer que los más montasen en cólera «porque, si además de ser muchos —argüirían — hemos de hacernos cargo de la parte más fácil, os ganaremos, sí; pero... ¿y qué; eh?». Y eso era una mierda de victoria a ojos vistas.

Que parecía igualmente defendible y razonable.

³ Doña Finita decía que estos renglones marcados en verde nos los podíamos saltar si queríamos porque el suprimirlo no restaba comprensibilidad al trozo que los encargados de la organización nos habían asignado.

La respuesta

¿Qué había que hacer, ante una disyuntiva semejante?

Ella, sin embargo y tan pragmática, desentendida de calificativos y de tildes con una sencillez que dónde habría aprendido sin haber apenas ensayado, seguía, a su paso, sin pestañear ni apartarse de su camino un solo ápice y sin hacerse, jamás, preguntas que pudieran ser respondidas con una obviedad.

Tal vez por eso no mostró nunca interés — aunque ni doña Ascensión ni la hermana lo mencionan — por saber quién había sido, nada más por poner un ejemplo, un tal don Heliodoro o, por poner otro ejemplo (directamente y dejándose de filigranas aprovechando el buen talante de doña Finita) quién la había casado a ella con un tipo como papá.

Porque papá, tal vez por aquello de la complementariedad aunque por supuesto al buen tuntún y sin querer porque la psicología era una de las tantas materias en que andábamos peces, era otra cosa; entendiéndose por cosa “cosa”, propiamente y en toda la extensión de la palabra habida cuenta de que papá era, entre nosotros⁴, algo muy similar al paragüero o, con mayor exactitud y dada su corpulencia, al enorme buda de granito y sonrisa imperturbable que llevaba sentado en el jardín - **éste sí recoleto y alfombrado** - sobre un pedestal de lo mismo con leyenda en relieve, que nunca leímos nadie porque aparte de estar en otro idioma no se veían las letras tan erosionadas por la lluvia y el viento, un par de siglos o tres.

—Porque la casa — siempre tenía que haber alguien que lo explicase pero, si Nemesia no estaba o no quería esa tarde entrar por lo que fuese, podía hacerlo cualquiera puesto que era algo que sabía todo el mundo — era antiquísima y había pertenecido a otras gentes.

Papá, en cambio, siempre había sido nuestro — y esto, que también tenía inexcusablemente que haber alguien que lo

⁴ Entiéndase “los íntimos o consanguíneos”; porque entre los de fuera era Titulcio Estradilla, un escribiente de la notaría de don Astenio que vivía realquilado en una habitación de la casa de doña Gardenia, en un tercer piso de la calle de los Tornasoles.

La respuesta

explicase aunque no era forzoso que fuese el mismo alguien anterior, comportaba el compromiso implícito de apostillar «de la familia, del entorno, quiero decir» que Nemesia solía pasar por alto al objeto, aducía al ser amonestada, de no interferir en el ritmo al que debían sucederse los acontecimientos —, una especie de presencia de la que tan pronto íbamos alcanzando el uso de razón empezábamos a ser vaga, muy vagamente conscientes y a intuir que estaba en algún lugar...que no era el jardín, ¡Dios nos librase!, porque por alguna suerte de agorafobia o algo muy similar que lo aquejaba desde la infancia aborreció siempre los espacios abiertos, en general, y... debería decirse, «nuestro jardín, en particular», pero jamás se dijo porque por qué hacer algo tan incongruente, ¿eh?, ¿sólo por fastidiar?; y por fastidiar era del todo impensable porque, a papá, literalmente, se le adoraba.

Sí, se le idolatraba; se le rendía culto y se le obsequiaba con ofrendas que eran depositadas con devoción a la puerta de lo que en un principio se llamase cuartillo del lavadero cuidando de que no llegaran a oídos de Quiteria nuestros ires y venires por el pasillo, a altas horas de la noche — que se despertaría sobresaltada y la emprendería con cualquiera de las peroratas que, a modo de letanías, recitaba siempre en el mismo orden y a voz en cuello — o, ya de día, a conocimiento de Recareda que habíamos estado hurgando en la basura.

Pero nadie imagine que nada más le llevábamos trozos mordisqueados de sándwiches mohosos o peladuras de patata y manzanas podridas. También elegíamos para él moscas muertas, cagarrutas fresquísimas y hasta, una vez, un trocito de gasa impregnado de pus del divieso que a uno de los chiquillos del tuerto, el de la chatarrería, le salió en el culo.

A él le hacían una ilusión tremenda estos presentes y, allí, en el cuartillo del lavadero elevado a la categoría de laboratorio se pasaba las horas muertas estudiando, escrutando, analizando, ajeno al resto de un mundo que le era por completo extraño e ignoraba sin pasión ni encono, amablemente se podría decir incluso o esa era al menos la impresión que daba, o la que le daba en concreto a Recareda cuando al entrar cada mañana en el pequeño habitáculo provista de su fregona y su zotal le dedicaba él, papá, una sonrisa absorta y la invitaba a deleitarse con la contemplación de tal o cual

La respuesta

ortóptero; goce que Recareda solía rehusar con aspavientos exagerados y protestas bastante más ásperas de lo que estaría correspondiendo en puridad a una fámula de las de toda la vida, a cualquiera de la infinidad de criadas que habrían hecho por qué no un papel buenísimo pero Georgina — tan pagada de sí misma y tan soberbia — rechazó bajo pretextos tan inconsistentes como que cuando papá dijese "ortóptero" no iban a saber ellas adonde exactamente tenían que mirar o que, en caso de acertar ya que entre las candidatas había algunas que habían sacado sobresaliente en ciencias naturales, se pusieran completamente histéricas y a pegar saltos y proferir gritos.

Pero temerosa esta vez, supuse — aunque esto quizá no lo sepan las Carvajal — de que volviera el portavoz del grupo a tergiversar sus palabras sin quererlo, no dijo tanto sino que después de lo de las pastillas de siempre se calló, como siempre, porque papá tenía razón — dijo, y que esto era nada más el principio — y no convenía quemarse y sí hacer acopio de energía para ir cubriendo las etapas que el propio camino fuese deparando; así que se quedó ahí sentada esperando a que Atalanta, en la fila de atrás y distraída en contarse chismorreos picantes con su amiga Felicia, se enfadara y dijese aquello de la mocosa cursi que se negaba a decir culo.

— ¿Había ocurrido algo semejante alguna vez? —
Preguntaba, por cumplir, doña Finita y sólo porque las madres no se quejaran de “esta Finita nunca pone deberes”.

Pero o nadie la escuchaba o no sabían.

No se podía negar sin embargo — porque era un punto clave del programa y ahí ni doña Florita ni su pachorra tenían nada que hacer — que ⁵:

A unos oídos más que a otros, habían ido llegando siempre con cuentagotas ciertos fragmentos de leyendas transmitidas de generación en generación, como se deben transmitir las leyendas, pero en un estado de conservación tan lamentable y relatados en lenguas tan diversas y por voces, a veces, gangosas y quebradas de abuelos venerables al amor de la lumbre de chimeneas de esas que presiden salones fastuosos con arañas, cuadros, tapices, porcelanas y

⁵ Así, bien subrayado para que no pasara desapercibido.

La respuesta

alfombras turcas, persas o afganas y, otras, entre estornudos y moqueos de menesterosos al desamor de gélidos eriales, que — como sucedería a cualesquiera otras obras de arte que se precien de tales —, al verse sometidas a cambios tan bruscos de temperatura, humedad y traducción no siempre literal ni simultanea, no pudieron soportar el paso del tiempo y, bueno... ahí estaban, sí, pero a ver quién era el guapo que sabía recuperarlas, remozarlas, desempolvarlas, despojarlas de tantas capas de invención irreflexiva, incluso burda a ratos, como amenazaban con asfixiarlas y, desnudas, mostrarlas ante sus asombrados congéneres.

El guapo no podía ser otro — aunque sin subrayar porque como era de pura lógica todo el mundo estaba al tanto — en opinión de lo más granado de la juventud femenina aún casadera e incluso de las solteronas más definitivamente perdidas para la causa — y con una ventaja que dejaba a Roque Ampuero, pese a que también tenía su público porque como decía doña Belvedera siempre habrá un roto para un descosido, a la altura del betún —, que el primo Clemente; pero el primo Clemente, tal vez por aquello de que no se puede tener todo, era un verdadero manazas.

Simpático, ocurrente, ingenioso; un dechado en fin de perfecciones en lo tocante al intelecto, pero, con sus manos de artista tan bonitas, un zarpas en toda la extensión de la palabra.

Así que aunque todo el mundo pensara en él, que se pensó, a nadie se le hubiera debido pasar por la cabeza proponerlo como adalid de una empresa tan... no digamos “imposible” caso de no querer pasar por pusilánimes de esos que se ahogan en un vaso de agua, sugirió Úrsula la del quinto — por buen nombre, también, para algunos, “la de Almendrales”, un tal Filiberto— pero sí “un poquito complicada”.

Complicada porque algunas tardes, sin que hubiese habido el menor indicio de que las cosas fuesen a torcerse, los planes se desbarataban y Dolosa no decía ¡Caramba!, o no salía o lo hacía muy despacio y sin arrojar lejos de sí con enojo lo que tuviera en la mano, o no daba un portazo, o respondía a la del cuarto dos sin darse cuenta o pasaba, muy sonriente - diciendo “buenas tardes” y todo - por delante de la del tercero uno que, más servicial y dispuesta aun si cabe que la otra, no es ya que anduviera por las escaleras por si acaso

La respuesta

sino que salía a sentarse al descansillo, con su silla de anea, y allí se pasaba las horas por si caía la breva de que fuese ella, ella tan insignificante, ella “¡yo, Señor, tan poquita cosa!” - exclamaba con los ojos humedecidos por la emoción - quien tuviese el insigne honor de ser la empujada; o no se encerraba en el despacho de don Tancredo o, tanto si don Terencio estaba solo como si se encontraba atendiendo a algún paciente, no se atrincheraba ella, Dolosa, en la despensa sino que se quedaba allí, muy erguida bajo la claraboya esperando a ver qué decidíamos.

Había entonces que renunciar al café o al refresco e incluso aguantarse sin ir al baño y enzarzarse todos en una acalorada discusión de la que, al cabo de mucho griterío y no pocas concesiones hechas de mala gana, saldríamos — medio enfadados los unos con los otros porque los que les tocaba ceder se sentían ninguneados pero, en eso no había elección, el acuerdo tenía que ser unánime — puestos en razón y diciéndole que no, que no hacía falta que se molestara en aportar documentación aunque pudiese, pero atentos a no decir ni pío ni soltar prenda en lo tocante al hecho de que habíamos sopesado, serenamente mientras nos peleábamos, los pros y los contras de exigir algo semejante y llegado a la conclusión de que el hacerlo sería en verdad sentar un precedente, abrir de forma simbólica una puerta a que cualquiera pudiese demandar de cualquier otro cualquiera otro cualquier tanto⁶.

Y, eso, nadie en su sano juicio lo quería si bien, y cuando ya lo teníamos razonado tan sensatamente, Lina se solía descolgar con que sólo había sido una especie de experimento de Aspasia a ver qué tal se nos daba eso de hacer comentarios sin los que «por supuesto, se podría vivir» pero le pareció que podía tener su gracia que se dijeran cosas, las que fuera, y que cada cual eligiese si se quería enterar de ellas o no⁷.

Volvía entonces a haber divergencias porque, y pese a que Lina quisiera animarnos con que en apenas dos días nos habríamos hecho con el método⁸ y «ya veréis cómo os encanta en

⁶ Sin ni haber tenido tiempo para prepararlo un poquito siquiera.

⁷ Se refería a esto.

La respuesta

cuanto le tengáis pillado el tranquillo», el tío Ernesto, y eso que era incondicional de Aspasia, que la adoraba y todas sus ocurrencias le parecían sencillamente geniales, abogaba en contra aduciendo que ese tipo de digresiones —por más que corrieran paralelas, prácticamente, al núcleo central del discurso de quien en tal o cual momento estuviese asumiendo el protagonismo o siendo el o la portavoz de éste o aquel colectivo— iban a confundir a los ancianos y a los niños, que se andarían perdiendo todo el rato por vericuetos inextricables.

—Habrás sin embargo de reconocer, Ernesto — contraatacaba la tía Melinda, muy contenta de ver a Petunia...o, más exactamente, de ni verla ni oírla, mirando su reloj en ascuas, reconcomida, ahí, apartada del centro de la escena—, lo muy práctico que puede resultar en ocasiones el poder hacer según qué comentarios sotto voce⁹, así, sin herir susceptibilidades y sin dar un cuarto al pregonero.

—Ya, pero —el tío Ernesto jamás se enfrentaba, diplomático él y en aras de que reinase la paz en el hogar, directamente a su esposa sino que se escudaba, astutamente, tras el que daba él en considerar el más débil—, fíjate en doña Sonsoles¹⁰.

Y aunque Lina gritó enfadada « ¡ya está bien! » y que para muestra bastaba un botón maldita fuese —pálido maldita fuese reflejo del que pronunció... « ¿Quién fue?, ¿Albertina, cuando el pobrecito Pascual estaba de cuerpo presente? »— lo dicho “dicho” estaba y ésta estaba siendo una de esas veces porque doña Sonsoles, que siempre parecía estar en otra parte, era, en la realidad de alguien, bastante observadora «o si no» —nos hizo notar otro alguien, y que nos acordáramos si queríamos— « ¿qué pasó con los pies de Vicenta? ».

Pero voluntariamente y por gusto y con agrado no quería nadie.

⁸ Aunque era desde luego cansadísimo, tener que perder el renglón de tanto en tanto para bajar aquí, a mirar cualquier minucia.

⁹ A la tía Melinda le gustaban los conjuntos de perlé y los pareados.

¹⁰ Musitaba, señalándola con un movimiento de cabeza.

La respuesta

Hubo sí algunos voluntarios —«as» puestos a precisar porque aquella debía de ser —dijo alguno—, Socorrín la del sexto «aunque si me la hubiese encontrado en la calle no la habría reconocido; tan cambiada» y, las otras, tal vez la encargada de la floristería y la manceba de la farmacia o —doña Pura expresó su parecer con un «más me inclinaría yo por esas»—, la cuñada de la del quinto dos y una muchacha alta a la que la abuela Palmira le encontraba un enorme parecido con «no podría, así al pronto, decirte quién» que se ofrecieron —una de ellas—, a recordar cómo había sido una secretaria de dirección correcta que desempeñó impecablemente su trabajo más que por tener grandes aptitudes para ello sí porque las tenía, desde luego, bastante mejores que para el canto o la doma de caballos salvajes y porque además éste, el de secretaria, era un empleo ideal para ella porque, como no tenía a nadie en este mundo y se sentía bastante sola, era un alivio tener tantísimo que hacer en aquella oficina de la que salía, casi siempre, a altas horas de la noche y, tan cansada, que aunque hubiese tenido con quién habría contestado que no, que hoy no se encontraba con ánimos de ir a tomar una copa o a bailar; así que por ese lado puede decirse que había sido un personaje gris y —otra de ellas—, a poner un algo de color en la grisura evocándola como alumna de un colegio «al que asistió poco, quizás, pues no se tuvo conocimiento en el barrio de que aprendiese nada, y quién sabe si por una razón tan peregrina como que quien la enviara fuese persona negligente que se ocupara apenas de su formación y sí mucho de la apariencia, externamente, que ofrecía vestida con aquel uniforme tan elegante para la época», refirió, con sus calcetines blancos y su faldita tableada, y que no podía decirnos más.

Y por eso precisamente, porque en las mentes de los pocos en que estaba había sido una criatura anodina que pasó por el mundo sin dejar ninguna huella, nadie encontraba utilidad en recordarla.

—Y, como madre... ¿qué?— así, como queriendo dar pistas, el tal alguien.

—¿Como madre?, ¿cómo que como madre? —Petunia, que puso el grito exactamente en el cielo, haciéndose de cruces protestando que a quién se le pudo ocurrir semejante infundio; y que «¿cuándo; eh?», cuándo había sido Vicenta madre cuando, ella, «yo

La respuesta

que no faltó nunca; que hasta con fiebre a veces tan delicada como estoy» para estar al corriente de todo, no había oído jamás de eso ni media palabra.

—Bueno, mujer —pacificadora la abuela Zita, que se la llevaban los demonios de tener que «ser yo, precisamente» quién tenía que hacerse cargo de la papeleta de calmarla—; si el que lo fuese o no lo fuese no va, en realidá, a ninguna parte...

Y que en lo que en conclusión había que fijarse era en sus pies...

—Ahí iba yo, ahí iba yo —alguien que no oculta su satisfacción al ver que la cosa se encauza—: A aquellas dos pequeñas metáforas sobre las que se asentaba, ¡de manera alegórica, se entiende!, el pragmatismo de Vicenta.

— ¡Bobadas! —Milva, que mirando escéptica a doña Sonsoles—: Mírala, ni reacciona.

—Pues si no reacciona —Ursina, deseosa de tirar por tierra toda la argumentación de su gemela, a la que odiaba— tiene que estar habiendo un fallo en algún sitio; porque doña Sonsoles es muy fiable.

—Ya, pero...— e incluso la zarandearon un poquito; pero doña Sonsoles, ahí, como si nada.

Y allí estuvimos, discurrendo un buen rato, colocándonos en los sitios de siempre y aquilatando las palabras y los gestos —y hasta los estornudos, del abuelo, que hoy tenía un resfriado de verdad y no había forma de atajarlos— hasta que tan discreta, porque Luzmila era un desastre en cuestiones de organización pero también la prudencia en persona, salió de su recato y, con voz tenue:

—Es que —dándose tironcitos de la falda y señalando con un arquear de cejas al tío Juan—, él, dijo «mamá».

—Pues si de verdad fue así —terció Julián, hombre ya entrado en años consorte de la prima Jimena, una jovencita— podéis

La respuesta

haceros una idea de qué cimien...

—Espera un poquito, hombre — la prima —, que no es ahí.

—Pues yo diría que...— él, desconcertado.

—Vale, «mamá» —Petunia, resignada «porque lo que es *es* te pongas como te pongas», dijo, y que quién la liaría a ella para llevar una contraria tan tonta pero que se iba a enterar—, «mamá» pero con el pragmatismo de Isadora.

—Ah —Julián—, si ha de ser con el pragmatismo de Isadora...

— ¿Y qué te estoy diciendo? —Jimena.

Y que ella no quería molestar “ya sé que tengo fama de ser bastante *melindres* y una de esas embarazadas latosas” pero si esa era su cruz cargaría sin protestar con ella pero, y que la perdonasen, alguien se había perdido, o saltado alguna intervención de manera que, si queríamos retomar el hilo en condiciones, a ella le parecía que teníamos que remontarnos, ir a buscar bastante, bastante más atrás.

